

DE ASESINOS, FILÓSOFOS, NIHILISTAS...

Santiago Aizarna

Repaso en mi memoria, en mi ordenador personal, algunas efemérides de ese año de 1995 que ya pasó, y que, inevitablemente, fueron a parar a ese pozo negro en donde las emociones, las preocupaciones, las fricciones de conciencia se quedaron, aparentemente al menos, congeladas. Y actualizo el texto con un recuerdo al nacimiento del filósofo de la duda y de la razón, René Descartes, hace cuatrocientos años. La sinrazón del asesinato se ayunta así con la razón de la duda sistemática o sistematizada hacia los terrenos del constructivismo mental.



GALERÍA DE ASESINOS

El caso de Frederick West, el llamado 'asesino de Gloucester', y de su 'casa de los horrores', sobrepasa con creces, y nuevamente, lo que la literatura y el cine han creado sobre las prácticas y los mitos del horror. Quizá lo que no sobrepasa es a la realidad, puesto que ésta, en cuestión de criminales, nunca ha sido pospuesta por la imaginación. En este punto, la suposición wilderiana de la naturaleza imitando al arte no es verdad. Los artistas del asesinato, artistas naturales, artistas espontáneos, artistas inevitables, no precisaron leer esa breve biblia del artista del asesinato que escribió De Quincey. Aunque no lo parezca a simple vista y desde una superficial consideración, estos artistas espontáneos y naturales no han podido ser copiados por la imaginación humana, ni por los que alardeando de fantasía han escrito novelas sobre casos criminales, incluida la que se considera como reina de todos ellos, la sin par Agatha. Sade dejó escritos antes con los hechos que con su pluma, sus crímenes y perversiones, contando que se trataba de un autor ambidextro, hombre que participaba de las dos tendencias, la de la criminalidad natural y la de la capacidad escritural. Las 120 jornadas de Sodoma y los infortunios de la virtud de Justine fueron vividos en las elucubraciones mentales del 'divino marqués' con la misma o parecida intensidad en las dos dimensiones. Hasta ahora, cuando se habla de la Historia

Criminal, y aunque Sade sea el que dé nombre a una serie de tendencias perversas y crueles, el cetro de este reinado infernal lo ostentan figuras como Peter Kürten, Lacenaire, etc. Son los clásicos de la especialidad. De Peter Kürten y de su fascinante personalidad psicopática se llegó a saber casi todo gracias a las investigaciones realizadas por el doctor Karl Berg, que le llegó a calificar como 'el rey de los perversos sexuales', y sobre cuyos crímenes se basó la excelente película *M*, de Fritz Lang, también conocida entre nosotros como *El vampiro de Düsseldorf*, y los buenos aficionados no podrán olvidar nunca aquella agoniosa persecución que protagonizó aquel gran actor especialista en papeles viles que fue Peter Lorre. Como historia infrahumana, la de Peter Kürten se hace casi insuperable, bien desde sus prácticas sexuales en donde el bestialismo resulta ser una de sus primeras manifestaciones hasta el sadismo, el incesto, la necrofilia, etc, es decir, toda una serie de aberraciones en las que alcanza cotas increíbles. En cuanto a Lacenaire, su entronque criminal-literario ofrece unos relieves y unas perspectivas de una sugestión sublime. Lacenaire resulta ser el modelo vivo, pretendidamente o no, del Stavrogin dostoiévskiano de *Demonios* o del Meursault camusiano de *El extranjero*, con no ser estas dos figuras literarias de paralelas reminiscencias, sin embargo. De Stavrogin, tiene el orgullo individual, el desprecio a la sociedad, su carencia de fe en nada y en nadie. Esta increencia le lleva a asumir su propio protagonismo en todo, imposibilitándole hasta la misma vertiente de encontrar un Culpable Supremo a quien echarle culpas. Al no creer en Él, no le sirve Dios ni para culparle, ni execrarle, ni blasfemarle. De dónde se le originan sus impulsos y sus compulsiones asesinas es desde el fondo inenarrable y complejo de su mentalidad solitaria. De Mersault tiene la frialdad, el asepsismo mental, la indiferencia absoluta, el desapego con la sociedad en la que forzosamente ha de vivir aunque solamente en lo físico y en lo epitelial. Entre esos extremos que luego le serán copiados por ambos protagonistas literarios, lo cierto es que Lacenaire realiza el acto de matar con una profunda y total frialdad y objetividad, acaso, con menos emoción y pasión de la que pueda poner al escribir una balada o una elegía. Pero es, más que el poeta acaso, el filósofo del crimen, el lobo estepario enamorado de la muerte con más intensidad que un legionario, y cuyo destino final nació en los labios de su propio

padre, cuando ante una guillotina, pronunció sus tan precursoras y fatídicas palabras y que ya, desde entonces, se convierten en meta de sus sueños: 'Aquí acabarás tú si no cambias pronto de vida'. He aquí el reto paterno que su hijo acepta. Las notas criminales de Lacenaire no le salen de los humores, ni de las glándulas, ni de ese fondo inefable donde se cuecen los sentimientos perversos: sadismo, masoquismo, etc. La vida y sus principios, la existencia y su sinsentido le llevan a cobrarse en sangre igualmente, esa su sangre misma que está dispuesto a derramar y que, al final, la guillotina se encargará de empozar como una ofrenda simbólica tras el limpio y neto tajo. Su *affaire* criminal tiene que ver con los fulgores opacos de su inteligencia. Un hombre, él, contra la sociedad, contra el mundo, es lo que se le propone, o, mejor dicho, lo que se propone a sí mismo.

Y, ¿en dónde colocamos la figura de Frederick West? Sesenta mujeres, en su mayoría jóvenes, se asoman, como zombies irredentos tras su suicidio. Sesenta mujeres cuyo asesinato ha confesado el asesino. Doce de ellas en la 'casa de los horrores' de la calle de Cromwell Street, de Gloucester, esa ciudad, capital del condado de su nombre que se extiende al Oeste de Gran Bretaña, próximo (el condado) al País de Gales y famosa (la ciudad), tanto por su catedral como por una serie de condes y duques que están presentes en la Historia de Inglaterra. ¿Dónde colocamos, en una Galería de Asesinos, al suicida Frederick West, que, con tantos méritos bien se ha ganado un puesto de honor en la larqa lista?

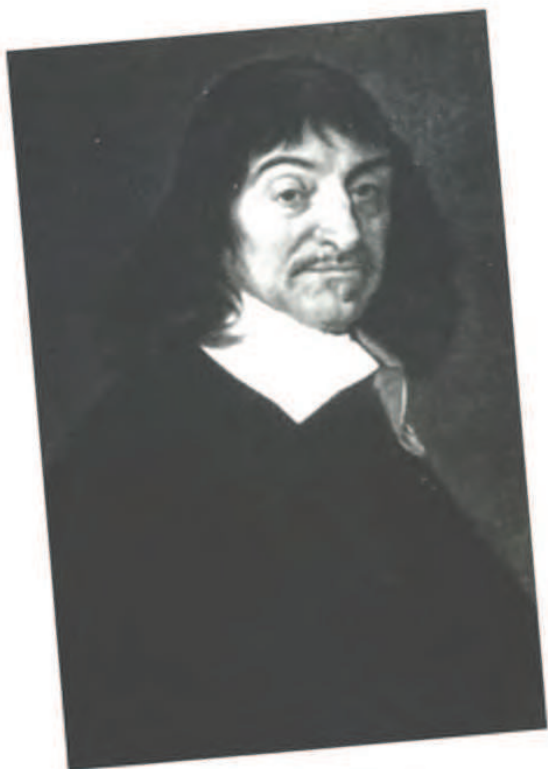
Los criminales británicos, en cierto modo, ostentan casi la misma alta calidad profesional que les puede ser atribuida a los encargados de capturarles, es decir, los sutiles e inteligentes detectives de Scotland Yard. Los lectores de novelas policíacas de pasados tiempos, escritas preferentemente por autores como Edgar Wallace que fue uno de los más conspicuos propagandistas de esa institución policíaca, sabemos de qué manera ambos estamentos, criminales y detectives, se complementan en un juego de sombras y luces, de siniestros crímenes y esclarecedoras detenciones. Edgar Wallace trabaja en sus novelas, muchísimas veces, contando con Scotland Yard, cosa que pocas veces sucede, en cambio, con la anteriormente citada *reina del crimen*, Agatha Christie, que prefiere encomendar los casos que se le ocurren a su privilegiada *mente criminal* a criaturas suyas como Hércules Poirot o Miss Marple. Esta modalidad del detective profesional pero particular, no dependiente de la administración pública tiene gran predicamento y tradición en la novela negra británica, y posiblemente, los más famosos protagonistas del género, desde Sherlock Holmes, no pertenecen a esa entidad pública sino en casos muy contados derivándose más bien por el lado de las actuaciones personales. Los criminales británicos, por otra parte, han mantenido generalmente una notoria especificidad en sus rasgos más característicos. La psicopatología criminal británica nos depara con mucha frecuencia casos parecidos a los que Frederick West ha protagonizado en estos últimos tiempos. La *casa de los horrores* de Gloucester no es, en realidad, otra cosa que un calco, acaso en aumentativo y con mayores dosis de morbo y de falta de estilo (aunque esto sería cuestión de estudio o de debate), de lo acontecido en la morada de aquel hipocondríaco impotente sexual John Reginald Halliday Christie en el número 10 del londinense lugar de Rillington Place, cerca de S. Mark's Road's, donde se descubrieron cadáveres emparedados... La Parca, seductora señora cuando la atracción del infinito actúa con efectos de beleño y todo el ser ya se entrega enamorada a las seducciones del no-ser, tiene los más imaginativos ayudantes en estos espontáneos colaboradores que, cualquier día del año, desde un rincón cualquiera del periódico, nos sorprenden con su virtuosismo radial y nos iluminan ese oscuro lado de nuestra personalidad a la que generalmente no nos atrevemos a asomarnos...

DESCARTES Y CIORAN

Desde que amaneció al mundo la mente *razonadora* de Descartes hasta que se apagó la lucidez más lúcida, la de Cioran, han pasado cuatrocientos años. ¿Hasta dónde se puede llegar con la razón como linterna? El *cogito ergo sum* no significa más que el comienzo del camino. Dos grandes lumbreras, las del pensamiento y la escritura francesa, Descartes y Proust, elaboran sus soliloquios geniales en la cama. La débil constitución del Descartes niño hizo que se le tratara con cuidados especiales. En el colegio de jesuitas de La Flèche, donde comienza a cursar sus estudios, ingresa a sus once años, tres más tarde de lo normal. Desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana es el espacio que en ese colegio destinan al sueño. Pero Descartes necesita algo más, una hora más, hasta las seis de la mañana, una hora en que este niño débil, en la imprecisa vaguedad del sueño y de la realidad sueña sus *cogitaciones* (y nunca mejor empleada la palabra), juega con la magia esplendente de la realidad y la quimera (esta llameante facultad del alma que no en vano los griegos la imaginaron como un monstruo polifacético o polimórfico, de león y de cabra la parte delantera y cola de dragón), él Descartes, como Belerofonte, jinete sobre Pegaso, lidiando con sus pensamientos, mensajero de sus propias heridas que arrastra desde la cuna, sensación injusta de haber sido el verdugo de su propia madre aun mediando un hermano posterior a él en un año



horadando el mismo útero que le engendró y que él ignoró toda su vida... Dos grandes lumbreras del genio cultural francés, las del pensamiento y la literatura francesa, construyen su mundo genial desde su cama, Marcel Proust creando, como una tela de araña sutil esa densa y compleja sociedad del mundo de *Guermites*, de las relaciones humanas que se tejen con pasiones, con insidias, con mentiras, con halagos, con vanidades... A siglos de distancia, dos hombres afiebrados viviendo el sueño despierto de la *duermevela*, el de las realidades que son fantasía... Un soldado del ejército de Maurice de Nassau, a sus veintidós años; un soldado de la Guerra de los



Treinta Años en el ejército del duque de Baviera a los 23; un soldado filósofo que se retira a su cama para escribir, para encontrarse con ese ámbito de *duermevela* de su infancia de alumno de La Flèche... y para encontrar, definitivamente, con el primer principio de la filosofía: *'considerando que todos los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos pueden venir también cuando dormimos sin que haya entonces en ellos nada verdadero, resolví fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero inmediatamente advertí que, mientras quería pensar así que todo era falso, era preciso, necesariamente, que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa, y observando que esta verdad. 'yo pienso, yo existo' era tan firme y segura que las suposiciones más extravagantes de los escépticos no eran capaces de hacerla tambalearse'*...

De la razón de la cordura, de la existencia razonada, de la existencia apuntalada por los rodrgiones de la razón, de las dudas disipadas por el faro luminoso de un lampo genial, a las dudas solidificadas en un escepticismo de dimensiones cósmicas. A cuatrocientos años del nacimiento del paladín de la razón, muere el aciago caballero del nihilismo. E. M. Cioran, creo yo, fue uno de los pocos hombres que consiguió verle a la realidad humana su auténtico rostro pesimista, ése que se esconde bajo la carátula de los gestos prejuiciados, de las voluntades dirigidas, de los caminos previamente trazados desde la educación y desde el adoctrinamiento. Aunque quisiera que su postura fuese más radicalmente tenaz en contemplar la agonía de ese Sísifo incansable que es el hombre -Sísifo consciente que da se da cuenta de su tragedia plena y sin embargo continúa impertérrito en subir el bloque de piedra montaña arriba para verlo despeñarse y comenzar de nuevo el ascenso duro y cansador, Sísifo inconsciente que no está subiendo la misma cuesta del absurdo, vida observada desde su mismo sinsentido, aunque se quisiera verle a Cioran adoptando la visión del hombre como tal, reivindicando las acciones humanas desde el sinsentido aceptado, desde el sinmotivo aceptado, superada la pregunta fundamental motor de la obra camusiana de si es necesario que la vida tenga un sentido para ser vivida, a la que se autocontestó el de Orán con la evasiva de que, en cierto modo, será precisamente cuando menos sentido tenga cuando mejor será vivida. A sus veintidós años ya formulaba Cioran, allá en su Rumania (y no Rumania, naturalmente señor De Cavia por la misma razón que no Serbia, ni Bulgaria, ni Rusia, ni Italia), sigo pues diciendo que en su Rumania natal ya formulaba ese principio filosófico suyo contrastante con el de Descartes: *'El hecho de que yo exista prueba que el mundo no tiene sentido'*. ¿Proclamación de humildad absoluta o de orgullo inaudito? ¿Puede alguien basar la existencia del mundo partiendo de ese mínimo detalle de la existencia propia?... Pero, con parecidas razones, ¿no se pone en duda a todo el sistema establecido? ¿Hasta qué punto es importante o nada importante un hombre, un solo hombre, o una existencia, una sola existencia? A vueltas y vueltas con los problemas, a vueltas con los santones de la filosofía, a vueltas con dogmas y principios, uno se da cuenta de que a pesar de todo, a pesar de todo lo que se ha pensado y se ha escrito, a pesar de las grandes figuras que han sombreado el terreno, todo permanece más o menos en la oscuridad, todo sumido en aquella socrático manifestación (¿hasta qué punto no vanidad pura sin embargo?, ¿hasta qué punto fiarnos de la filosofía de los filósofos, sin embargo?), que asegura que 'sólo sé que nada sé', y que es compendio de todo el conocimiento humano, de toda sencillez y humildad humana, de todo reconocimiento de incapacidad humana, de toda la arquitectura de la vanidad humana, de todo el cúmulo de la falsedad humana, es decir, míresele según se le mire...

De Descartes a Cioran, la razón se viste de distintos ropajes, aun siendo la misma, es decir, esta pobre razón humana que cesa de razonar abrumado por tanta incongruencia de un mundo del que nada entiende...